

# FILME SELECTOS

Filmeoteca  
de Catalunya

30.  
C.I.S.



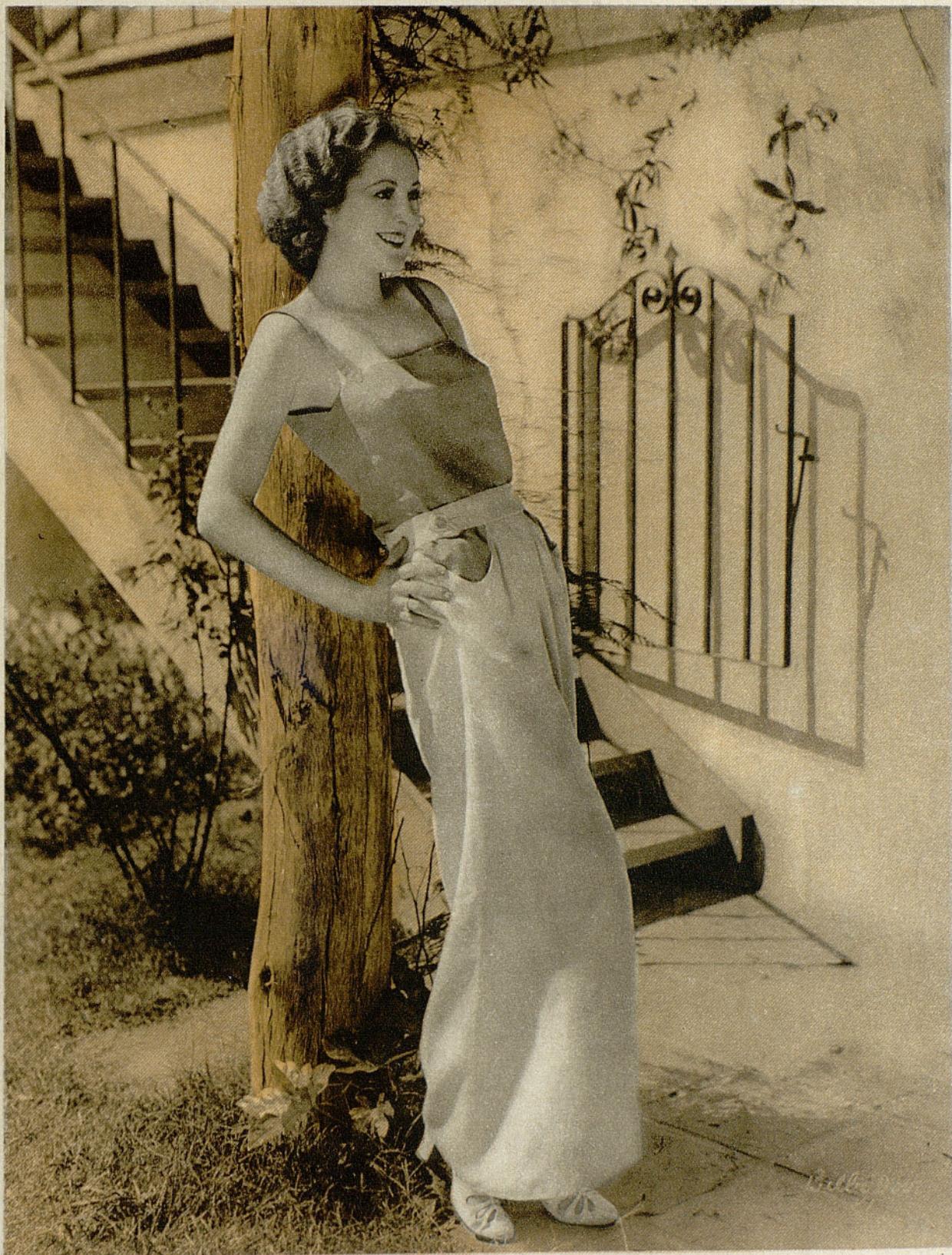
La estrella de la voz de platino, Jeanette Mac Donald, protagonista con Maurice Chevalier de la película Paramount «Una hora contigo».

AÑO III N.º 89  
25 de junio de 1932

Exija con este número el  
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Una escena de «Manos culpables», magnífica producción de W. J. Van Dyke en la que el célebre director de «Sombras blancas» y «Trader Horn», maneja la intriga y el misterio a puerta cerrada, con idéntica soltura que los amplios horizontes del desierto. Lyonel Barrymore, Kay Francis y Madge Evans han rea- lizado en este film las más geniales creaciones de su vida artística.



Retrato especial para FILMS SELECTOS de la bellísima artista Billie Dove

FILMS SELECTOS  
SUPLEMENTO ARTÍSTICO

FILMS  
SELECTOSSEMANARIO  
CINEMATOGRÁFICO  
ILUSTRADO  
DIRECTOR  
Tomás G. LarrayaREDACCIÓN  
ADMINISTRACIÓN  
Diputación 219. Tel. 13022  
BARCELONADELEGACIÓN EN  
MADRID: LIBRERÍA  
EL HOGAR Y LA MODA  
Calle Valencia, 30 y 32PRECIOS  
DE  
SUSCRIPCIÓNEspaña y Colonias  
Tres meses. 375  
Seis meses. 750  
Un año. 15América y Portugal  
Tres meses. 475  
Seis meses. 950  
Un año. 19CADA  
SÁBADONÚMERO SUELTO  
30  
CÉNTIMOS

## DIVAGACIONES CINESCAS

## PROPAGANDA QUE ABRUMA

DIJIMOS ayer que una de las causas que podían hacer triunfar o fracasar una película es la misma propaganda que de ella se haga, y hoy podemos añadir que por ese medio se llega a aquellos resultados con independencia absoluta del valor objetivo de la cinta. Así, una película mediocre, con el auxilio de una intensa propaganda, puede llegar a mantenerse una temporada en el cartel, y una película de cualidades suficientes para triunfar por si sola llega lastimosamente a fracasar por efecto de una propaganda exagerada.

No cabe duda de que los reclamos publicitarios ejercen todavía una influencia considerable en el ánimo del público. A pesar del abuso que de ellos se ha hecho, hay mucha gente todavía que cree que los adjetivos rimbombantes y las frases ditirámicas corresponden con ajuste matemático al valor de la película. Gente así la hay en todas partes, y ésa es la que, por intervención de la taquilla, da el dinero para aguantar la proyección de películas que, halagando los sentimientos o los gustos del populacho, deshonran la dignidad artística del cinematógrafo, y ésa misma es la que sale descontenta de las películas que se desenvuelven en la atmósfera pura del séptimo arte.

No queremos con esto impugnar la acción de la propaganda como medio de dar a conocer al público lo que tal vez nunca conocería. Convertida ya la propaganda en verdadera entelequia por evolución de nuestros días, comprendemos que se ha hecho más fuerte que nosotros y necesitamos de ella para vivir lo superfluo, y aun lo substancial, de la vida. Pero también queremos decir que no se ha de tener el anuncio como el único y verdadero exponente del valor de las cintas, porque existen otros de mucha mayor garantía.

La propaganda quisiera mantenernos en una constante excitación nerviosa para que todos y cada uno de nosotros acudísemos a ver todas y cada una de las películas que se proyectan. La pretensión — se dirá — es muy justa y humana y nada tiene de impugnable. Ciento. Pero entonces admitan también las quiebras que necesariamente se siguen de esa justa y humana pretensión. El abuso de los excitantes enardece un momento y deprime después, o atrofiando la capacidad sensible o acrecentando más aún el deseo. Así, una persistencia publicitaria de las que cautivan la atención del público y excitan el deseo de ver, entraña el peligro de una de dos quiebras: la de de-

jarnos estúpidamente enervados, o la de volvernos exigentes hasta lo indecible.

Por eso, quisieramos desahogarnos un poco contra esa balumba de publicidad cinematográfica sin tasa ni discreción que nos abruma por todas partes a donde volvemos la vista. Nos abruma la cuenta obsesante de los días y semanas de proyección, como si se quisiera dar a entender que, cuando la cuenta no alcanza a la segunda semana, es que la cinta carece hasta de valor extrínseco para mantenerla decorosamente unos días en el cartel: «Segunda semana», «Tercera..., cuarta..., quinta semana de éxito», «Proyección 345», «Mil representaciones seguidas en el Salón Cinema de París»...

Nos abruma los anuncios redactados con un incomprensible barroquismo de forma y de concepto que crispera los nervios: «Vea estreno hoy en sorprendente Salón Cinema»; «Nancy Smith con *Tormentos de amor* en John Glavis y Mary Frain Salón Cinema», «Hoy y todos los días en Exclusivas Iberia. ¡Un film inolvidable! Salón Cinema Superproducción H. I. J. K.»...

Nos abruma los títulos estridentes y capciosos con que se pretende subyugar la atención del pobre lector: «Éxito sorprendente», «Triunfo definitivo de la estrella Menganita», «La mejor actuación del año de Fulanito de Tal», «Nada equiparable a esta genial creación del cinematógrafo», «El drama más profundamente humano que se ha llevado a la pantalla hasta nuestros días»...

Todo esto nos pesa, nos abruma enormemente, nos embota en el alma la agudeza de la sensibilidad. Quisiéramos que ante lo bueno la propaganda nos excitase la curiosidad y nos acosase hasta rendirnos y llevarnos irresistiblemente al cine; pero también quisiéramos que ante lo vulgar y mediocre fuese un poco más discreta en hablar, y ante lo vergonzosamente malo se abstuviese de cualquier ponderación, que siempre ha de resultar extemporánea y contraproducente.

¿Qué es mucho pedir? Tal vez; pero si dice el adagio que en el tomar no hay engaño, nosotros decimos que en el pedir tampoco lo hay, y así pedimos lo que reclama nuestra sensibilidad de espectadores de buena fe.

De no ser así, ante los grandes ofrecimientos con que la propaganda nos excita el interés, nuestro mismo interés excitado reclamará las grandes realidades de esos grandes ofrecimientos que se nos meten por los ojos.

LORENZO CONDE

Films Selectos sale los sábados

# DE UNOS A OTROS

**P**UBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. ♦ Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse. ♦ No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

## DEMANDAS

640. — *Un desconocido* quedaría muy agradado al lector o lectora que supiera la letra de la película *El príncipe gondolero* y se sirviera mandársela por medio de esta sección. La letra que a mí me interesa es la que canta Roberto Rey cuando pasea en la góndola con Rosita Moreno.

641. — *Mister Fisnado* desearía muchísimo poseer los números 1, 2, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 19, 22, 25, de FILMS SELECTOS, que son los únicos que le faltan para tener completa la colección. ¿Hay algún lector que pueda y quiera servirme?

642. — *Plin y Plan* preguntan: ¿Podría alguna simpática lectora o amable lector de esta revista decirnos las películas en que han tomado parte Elena y Elisabet Keating (*The Keating Sisters*)? ¿En qué año nacieron? ¿Siguieron formando parte del elenco de la Fox Film?

Los mismos solicitan correspondencia con señoritas de esta sección por medio de la cual pueden enviarnos sus señas. Las nuestras son J. Córdoba y F. H. y Ferrer, Valle, 1, pral., izq., Sevilla.

643. — Desearía saber la biografía de Julio Peña y al propio tiempo tener correspondencia

Para enriquecer la sangre, aumentar el apetito y fortificar el sistema nervioso, es un medicamento ideal el Jarabe HIPOFOSFÍTOS SALUD.

con jóvenes lectores aficionados al séptimo arte y a los deportes. Mis señas: Rafael Caballero, Cid, 19, Albacete.

644. — *Una rubia enamorada* desearía le indicasen cómo podría obtener una fotografía del inolvidable artista Hans Stuve, que interpretó *Canción gitana*, y a qué estudio pertenece, donde nació, si es casado o soltero y en qué películas ha tomado parte.

645. — *Una gatita que no se comprende* desearía le indicasen si Juan Torena envía su fotografía y en caso afirmativo qué es necesario para conseguirlo, dirección de este artista y biografía.

También desearía le indicasen la dirección del jugador de foot-ball bilbaíno Gorostiza (a) «Bala roja». Mis más sinceras gracias.

646. — *Dubrowsky* saluda a los simpáticos lectores de esta revista y les agradecería muchísimo la contestaran a las preguntas que se permite hacerles, y dado el gran conocimiento que tienen sobre el cine, no duda le contestarán ampliamente.

Dos vampiresas frente a frente. ¿Marlene o Greta? *Dubrowsky* se permite preguntar a cuantos cineastas colaboran en esta sección, lo que piensan sobre tema de tanta trascendencia.

¿Qué opinan sobre el cine soviético y sus directores?

Podrían decirme el reparto del último film de Greta, *Mata Hari*?

## CONTESTACIONES

♦ Tres contestaciones de *Don Juan Diplomático*:

706. — Para *Pequeñusa*: Gary Cooper nació el 7 de mayo de 1901, en un rancho de Helena (Montana); vivió con sus padres, Charles y Alice Cooper, hasta los doce años. A esa edad se trasladó a Iowa para completar su educación en el instituto de Grinnell. Cuando terminó sus estudios volvió a Helena para proponer a sus padres su viaje a California. Salio para Los Angeles con 200 dólares en el bolsillo y pronto encontró trabajo. Su alta estatura le valió un papel en *Flor del desierto*, con Vilma Banky y Ronald Colman. Despues siguieron *Alas, Ellos, Hijos del divorcio, Camino de Arizona, Nevada, La legión de los condenados, El gran combate, Esclava por amor, El ángel pecador, El canto del lobo, Perfidia, El virginiano, Sólo los valientes, Los explotadores, Beau sabreur, El último bandido, Siete días con licencia y Marruecos*, que ha sido uno de sus mayores éxitos.

Hace poco se hablaba de su matrimonio con Lupe Vélez. Recibe correspondencia en Paramount Studios, Hollywood, y mandándole diez centavos envía su fotografía. Puede escribirle en español, si quiere, aunque él contesta en inglés.

707. — Para *Nelly, la que quiso volar...*: Sally O'Neill y Molly O'Daill son hermanas: se llaman, en realidad, Virginia Chotsie Hooman, la primera, y Molly Chotsie Hooman, la segunda. Han trabajado en algunas cintas juntas, como en *El buzón de miss Beatriz, Arriba el telón y Hermanas*.

Malcon Mac Gregor nació el 13 de octubre de 1896, en Nueva York. Filmó, entre otras, *El prisionero de Zenda, La mujer vendida, Todos los hermanos fueron valientes, Flor de cabaret* y otras. La última que filmó fué *Noches tropicales*. Actualmente está retirado del cine.

708. — Para *El duque de la Gloria*: Ivan Mosjoukine nació el 26 de septiembre de 1898, en Penza (Rusia). Debutó en el cine en 1923, en una película francesa de marca Albatros. Desde que filmó *Miguel Strogoff* su fama se extendió por todo el mundo; al conocer esta cinta, Carl Laemmle vino a Europa a contratarlo, pero él no aceptó y marchó a Alemania, donde trabajó algún tiempo. Está casado con Agnes Petersen. Ha trabajado en *Miguel Strogoff, Casanova, Os conozco, mujeres, El presidente, Sombras que pasan, El ayudante del Zar, Rojo y negro, Matolesco, Al servicio del Zar, El diablo blanco* y muchas otras.

709. — *Un soriano* envía a *Juan Luis* la letra de la canción mexicana *La casita*:

«Que de dónde, amiga, vengo? = De una casita que tengo = más abajo del trigal; = una casita chiquita = para una mujer bonita = que me quiera acompañar. = Tiene en el frente unas parras = donde cantan las cigarras = y se hace polvito el sol; = un jardín hay en el frente, = en el jardín una fuente = y en la fuente un caracol. = Hiedras la tienen cubierta = y un jazmín hay en la huerta = que las bardas ya cubrió; = en el portal una hamaca, = en el corral una vaca = y a dentro mi perro y yo. = Bajo un ramo que la tipe, = la Virgen de Guadalupe = está a la sala, al entrar; = ella me cuida si duermo, = me vela si estoy enfermo = y me ayuda a cosechar. = Más adentro está la cama, = muy olorosa a retama, = limpíscita como usted; = tengo también un armario, = un espejo y un canario = que en la feria me merqué. = Hace falta allí una cosa = muy chiquita y muy graciosa, = más o menos como usted, = pa que le cante el canario, = eche ropa en el armario = y aprenda lo que yo sé. = Si usted quiere, la convido = a que visite este nido = que hay abajo, en el trigal; = echo la silla a Lucifer, = y él nos llevará ligero = hasta en medio del corral. = Y si la noche nos coge = y hay tormenta que nos moje, = tenga usted confianza en Dios, = que en casa chica y extraña = no nos faltará una maña = pa vivir allí los dos. = Y si la casa te gusta = y al año no se asusta = de la bendición de Dios, = en el lugar de delicias = reparte usted sus caricias = a un chiquillo, al perro y yo.

710. — De *Un soriano* para *Wuchel*: Como la poesía que solicita de Rubén Dario no se ha publicado ni una sola vez en esta sección (seguramente que al hacer la demanda tenía el propósito de enviarla a *El Hogar y la Moda*, ¿verdad?), a continuación se la envío:

«Recuerdas que querías ser una Margarita = Gauthier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está, = cuando cenamos juntos en la primera cita, = en una noche alegre que nunca volverá. = Tus labios escarlata de púrpura maldita = sorbían el champán del fino «barcarat»; = tus dedos deshojaban la blanca margarita, = «sí... no..., sí... no...», y sabías que te adoraba ya. = Despues, ¡oh flor de histeria, llorabas y reías; = tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo; = tus risas, tus fragancias, tus quejas eran más, = Y en una tarde triste de los más dulces días = la Muerte, la celosa, por ver si me querías, = como a una margarita de amor te deshojó...».

♦ Tres contestaciones del *Vizconde Danilo*:

711. — Para *Una estudiante pamplonica*: Encantadora jovencita, desde este momento tiene en el *Vizconde Danilo* un ferviente admirador y se pone a su disposición para lo que guste mandar. Empleo por decirle que el protagonista compañero de Betty Haman, en *Asfalto* es Gustav Froelich, nacido en Alemania el 21 de marzo de 1903, siendo sus principales películas *Metrópolis, La cigarra y la hormiga, El legionario, Asfalto, Los maestros cantores de Nuremberg, Los once diablos, Retorno al hogar, Traición, El inmortal vagabundo y Mi tía de Mónaco*.

712. — Para *La sirena de los trópicos*: Pocos datos le podré facilitar, sirenita, pero, no obstante, ahí van los que sé: Ricardo Cortéz nació el 19 de septiembre de 1889, en Viena, siendo

su verdadero nombre Jack Krantz; ha estado casado con la malograda estrella Alma Rubens (porque creo sabrá que esta artista murió el año pasado); no sé si se divorció de ella, aunque creo que no, pues según mis datos se quedó viudo. Este artista es uno de los personajes más raros de Hollywood y un gran coleccionista de antigüedades; sus principales películas son *El cisne, El águila del mar, El español, Las tristezas de Satán, La ciudad que nunca duerme, Los jinetes del correo, El torrente, Nueva York, En nombre del amor, La novela de un mujik, Boda convencional, La vida privada de Helena de Troya, La nueva generación y Nueva Orleans*.

La biografía de Ivan Petrowich no se la mando por no tenerla; lo que sí tengo es la fotografía de este artista, que le mandaré con mucho gusto en cuanto sepa su dirección, sin señalar ninguna condición, pues soy un gran admirador de las sirenas y más siendo de los trópicos.

713. — Para *Andrés Molina*: Señor Molina, me pongo a su disposición para lo que guste mandar en asuntos de cine, manifestándole que tengo la fotografía (tamaño postal) de Billie Dove. Si le interesa puede escribirme a mis señas: Moncho, Echegaray, 32, 2º, derecha, Badajoz.

714. — Aurelio Fernández Iglesias (*Pelígo que, Foque y Contrafoque*), domiciliado en Cádiz, calle Gentil, 2, 1.º, queda muy agradecido a *Dubrowsky* y *Casanova*, y aceptando su invitación, le comunica que en la colección de FILMS SELECTOS sólo le falta el número 1, cuyo envío le agradecerá, sin perjuicio de remitirle en sellos de correos el precio que en la actualidad tuviere.

715. — *Una incansable Novarrista* tiene el gusto de comunicar a los lectores de FILMS SELECTOS, por si a alguno interesase, ya que he leído varias preguntas sobre este particular, que a Ramón Novarro se le puede escribir en español, pidiendo su fotografía sin mandar sellos ni dinero alguno. Sólo se necesita un poco de paciencia, pues es tan numerosa su correspondencia que tarda en contestar mucho tiempo.

La cloroanemia de las jóvenes desaparece radicalmente con **HIPOFOSFÍTOS SALUD**. Devuelve el rosado color a las mejillas y da sangre pura y fortaleza al organismo.

po. Los otros artistas no sé si lo mandarán, pero este simpático actor siempre ha contestado, incluyendo el consabido retrato, a pesar de tener que pagar de su bolsillo. Como tiene incontables admiradoras, he creído oportuno decirlo a las simpáticas lectoras de FILMS SELECTOS por si alguna de ellas se decidiese a escribirle.

Siendo una entusiasta admiradora de Ramón Novarro, desearía conocer la opinión que los lectores o lectoras de esta revista tienen sobre el simpático astro mexicano.

También desearía saber si *Tahoser* es lector o lectora. A vuestra disposición.

♦ Dos contestaciones de *Carlos de Damas*:

716. — Para *Vicolgir*: Desconozco los intérpretes de la primera película; de *Metrópolis* lo son Brigitte Helm, Gustav Frölich y Klein Rogge; de *Viva Madrid, que es mi pueblo*, Marcial Lalanda y Carmen Viance. Parece mentira que un grupo de españoles conscientes hayan filmado «eso». ¡A cualquier cosa se le llama una película!

717. — Para *La pequeñusa*: El «chico de Montaña» nació el 7 de mayo de 1901, en Helen (Montaña), donde recibió la educación primaria, marchó después a Inglaterra y al cabo de tres años volvió a su patria, dedicándose al dibujo, por el que sentía gran inclinación. La suerte no le acompañó y decidió marchar a Hollywood — la ruta de los fracasados —, donde logró destacarse en poco menos de un año. Este actor, que es uno de los que yo admiro de veras, posee una cualidad bastante difícil de conseguir: personalidad. No cae en los artificios de las mujeres, por la sencilla razón de que los ignora. El gesto de su cara, frío, indiferente, por completo materialista, acaba por dominar a la hembra; por eso en sus finales es ella la que acude a él. Su tipo, a más de único, es propio. No se debe, como el de Menjou, a Chaplin, o el de Bancroft, a Von Stomberg.

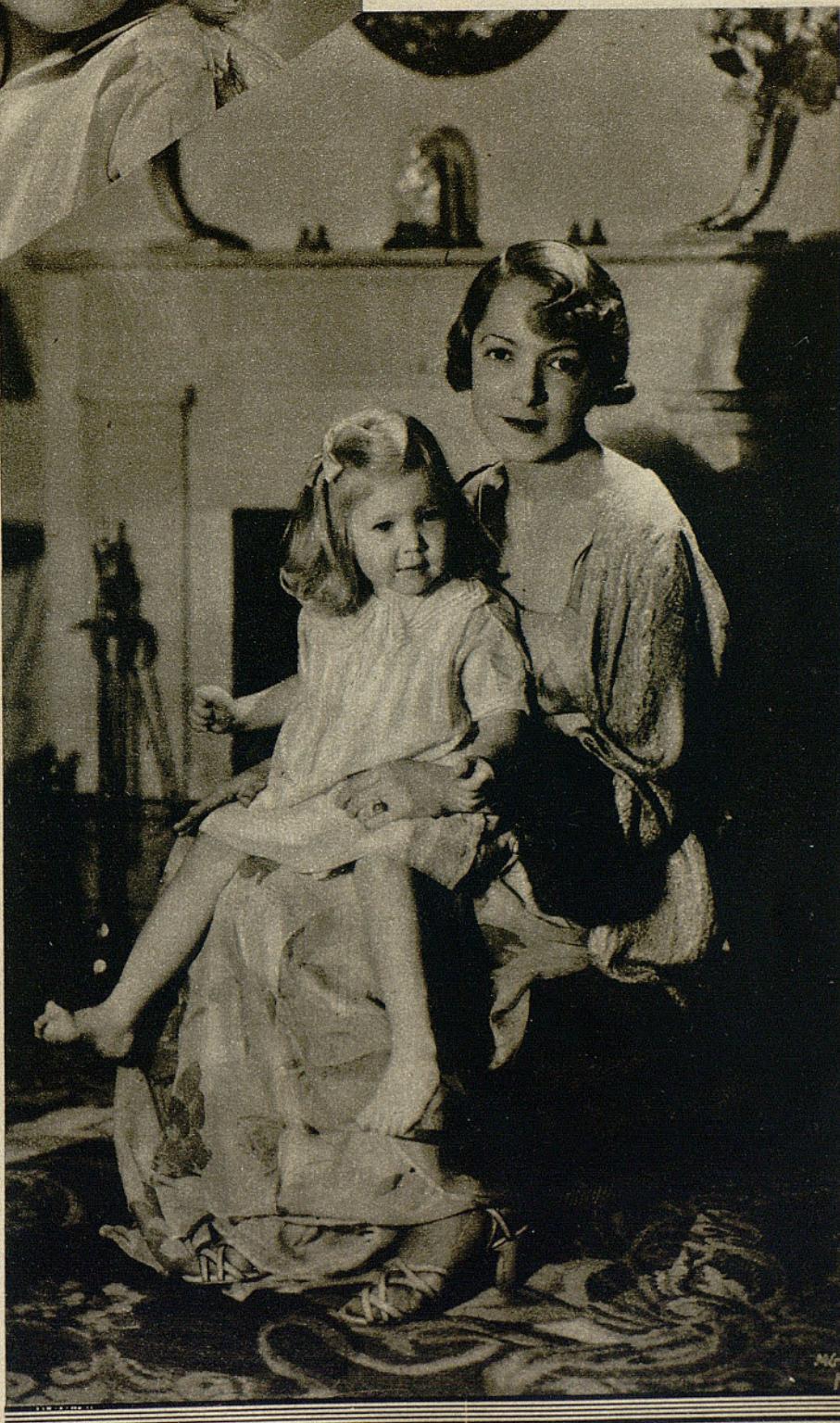
Sus principales películas son *Hijos del divorcio, Camino de Arizona, Alas, El primer beso, El ángel pecador, Nevada, Beau Sabreur, La legión de los condenados, Solos en una isla, Todo un hombre, El gran combate, El virginiano, La canción del lobo, Sólo los valientes, Perfidia, Siete días de licencia, Las calles de la ciudad, Mi porque sí, Esclava por amor, En la corriente, Marruecos, Caravanas béticas, El último bandido, Acepto esta mujer, Vidas opuestas y Medallas*. Parece que su ruptura con Lupe Vélez es definitiva, pues ahora la voluble mexicanita dedica sus preferencias a John Gilbert, el Don Juan que nunca se rinde.

# HIPOFOSFÍTOS SALUD

Eficaz y rápido contra Anemia, Inapetencia y Neurastenia

Pero en el cine, como en todas partes, hay un amor inmutable y auténtico que nada ni nadie puede destruir ni entibiar. Es ese amor que siente Wallace Ford por su hijita Patricia, y Helen Hayes por su pequeña Mary, las dos felices parejas de estas fotos.

Esa ternura que reflejan los ojos de Wallace Ford y de Helen Hayes es espontánea y sincera. Por una vez, el fotógrafo no ha tenido que pedir «más fuerza expresiva en el gesto».



## EL AMOR INMUTABLE

TENEMOS razón para dudar de la seriedad amorosa de los artistas de cine. Los periódicos nos traen continuamente noticias sorprendentes a este respecto. Lo mismo nos enteramos de un fulminante e inesperado divorcio que de una boda realizada a los veinte minutos de conocerse los contrayentes.

Indudablemente, en Cinelandia hay matrimonios tan serios como en cualquier otra parte del mundo, pero las repetidas pruebas de volubilidad pasional que nos ofrecen astros y estrellas nos ponen un poco en guardia frente a esas fotos idílicas de parejas que los artistas se preocupan de esparcir por el mundo como si quisieran demostrar que son capaces de repetir el ejemplo de Romeo y Julieta. Cuando contemplamos una de estas fotos, no podemos menos de pensar: «A lo mejor, a estas horas ya no hay tal pareja ni tal cariño».

## LA "LÍNEA" EN LA PANTALLA



Ved aquí a Anita Page, la muchacha que, a pesar de su moderno tipo, pierde gran parte de su gracia bajo el indumento de antaño.

**H**ABLAR de fotogenia, refiriéndose al cine, es ya delito de lesa pedantería. Sabido es de todos que el cine es, por esencia, eso: fotogenia, y que hay asuntos fotogénicos, psicologías fotogénicas, decorados, trajes, tipos, muebles, objetos fotogénicos. Lo no fotogénico es lo que la cámara rechaza, y, con ella y en ella, el espectador.

En una reciente conferencia sobre cine, dada en la Universidad de Barcelona por el eminente catedrático don Angel Apráiz, referiese el insigne disertante a la «línea», generadora del movimiento y, por tanto, nervio, esencia, de la fotogenia y del cine. Las películas de dibujos animados — línea pura — son, pues, lo más estrictamente fotogénico que puede darse, y depende de esto, sin duda, su éxito infalible ante todos los públicos del mundo. Este prestigio de la línea en el cine, debido a la enorme difusión del séptimo arte, ha influido notablemente, no sólo en la moda y en el decorado, sino incluso en la forma del cuerpo humano. Y no es esto disparate, ni siquiera exageración, sino una comprobación más de aquella teoría estética y paradójica de Oscar Wilde, según la cual «la naturaleza imita al arte».

Toda una generación puede recordar perfectamente cómo al advenimiento del cine triunfaban, especialmente en nuestro país, las mujeres de formas opulentas, abundantes en curvas y sinuosidades. Los corsés implacables, acentuaban esta tendencia, apretando la cintura, a fin de poner en relieve el busto abundante, las caderas magníficas. Al advenimiento del cine, la figura de la mujer, así truncada por la cintura, y así convertida en altar de exaltación de la forma, resultó grotesca, vista en la pantalla. A modo de espejo, el blanco lienzo retrataba lo absurdo de tales modas, de tales deformaciones del cuerpo femenino. Y la lección se hacia por momentos provechosa: puede asegurarse que el cine contribuyó a desterrar el corsé, a borrar la bárbara costumbre de apretar la cintura, más que todas las predicciones de doctores u



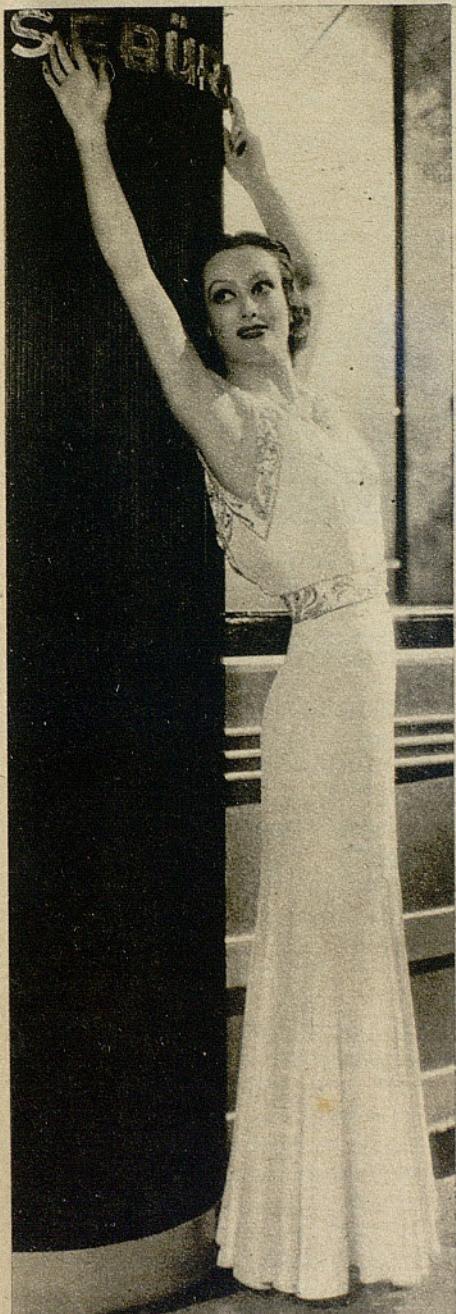
Myrna Loy, cuya perfecto cuerpo es un triunfo de la linea simple, la linea pura.



Leila Hyams, artista de la M.-G.-M., muestra la evolución del ridículo desde la época de Napoleón hasta nuestros días, con una vislumbre del pasado.

inmoralistas. El culto a la curva fué retrocediendo. Anulándose, hasta desaparecer. Cuando se quería imponer, sintetizar lo grotesco, lo ridículo en la pantalla, se buscaba un hombre gordo, un «Fatty». La suerte de los gordos y las gordas, estaba asegurada, siempre que se resignaran a representar los héroes y heroínas de las películas cómicas, y aguantar las obligadas consecuencias de pasteles de nata en las narices, porrazos, golpes, caídas, carreras, jarros de agua y otros extremos de este género de primitivas cintas.

Comenzaba el triunfo de la línea simple, de la línea pura. Las muchachas con figura de efebo, las ingenuas, las deportistas, empezaban a mostrársenos como un nuevo ideal de belleza femenina. Diana de las largas piernas vencía a Juno de los redondos brazos. La moda acentuaba, por su parte, esta tendencia. Imposible ver en el lienzo, sin soltar la carcajada, las inmensas mangas de jamón, los voluminosos polisones,



Joan Crawford ha estilizado de tal modo la línea, que, según puede verse en esta fotografía, más parece una construcción del arquitecto Le Corbusier que figura temenina.



Marion Davies y Lawrence Gray, vestidos con trajes deportivos de los que usaban en 1898 los más elegantes «sportmaus».

los peinados llenos de crepé, los complicados postizos capilares que todavía nos hacen reír cuando se resucitan, a modo de curiosidad arqueológica, las cintas de anteguerra, en alguna Sesión de Arte. Otro tanto puede decirse de las faldas de cola de las manteletas, de los sombreros enormes, prendidos con largas agujas. Todo cuanto alteraba, deformaba, complicaba, prostituía la línea, era antifotogénico; por tanto, antiestético, a los ojos de una generación que empezaba a educarse estéticamente y, acaso a su pesar, por el cinematógrafo. El sentido de la vista se aguzaba, al fin, por la imagen; empezaba a ver algo nuevo en las formas de los seres y de los objetos. Comenzaba el público a distinguir — aunque sin darse cuenta del origen de su preferencia — entre lo antifotogénico de una corrida de toros y lo fotogénico de una carrera de automóviles; empezaba a ver que es fotogénica la nieve, y el agua, y el mar...; que es fotogénica la sencillez del niño, la ingenuidad del adolescente...; que la máquina, el aeroplano, el barco son foto-

génicos igualmente, y no lo es, en cambio, el ferrocarril. La danza sólo es fotogénica cuando conserva la majestad y la pureza de la línea generadora del movimiento; no cuando muestra la agitación del desdén, de la lascivia. Una rubia es más fotogénica que una morena. Un paisaje más que un salón. Algunas costumbres primitivas poseen un indecible encanto fotogénico. Las modernas construcciones, los decorados de última hora, son fotogenia pura.

¿Influirá en el arte y en la estética esta nueva visión de la vida, de las cosas, de los seres y los objetos que el cine nos ha traído? Esto que pudiéramos llamar estilización del mundo por medio del sentido visual, repercutirá en la historia de las Bellas Artes? La educación de nuestra vista, la mayor percepción que hoy tienen nuestros ojos, a causa de su reeducación por la fotogenia ¿nos hará ver, en adelante, el arte viejo de manera distinta? He aquí el gran interrogante, y el más importante desde el punto de vista del cine como arte de nuestro tiempo.

MARÍA LUZ



Brigitte Heim en la escena suprema de la excelente producción UFA «Las mentiras de Nina Petrowna», uno de los primeros «films» que se atrevieron a terminar «mal», contra las exigencias del gran público.

#### AL MARGEN DE LA PANTALLA

# El film que termina mal

FILMS

HASTA hace poco tiempo, muy poco tiempo, implicaba condición imprescindible, y casi todavía sigue implicándolo en cierto modo, que los films terminaran «bien».

En lenguaje corriente, terminar «bien» una obra cualquiera quiere decir, según no desconoce nadie, que triunfe el bueno, se castigue al malo y se casen los novios... Las imaginaciones cándidas de los niños exigen que, al final de los cuentos, sus protagonistas simpáticos «sean felices y coman perdices». De igual manera, la imaginación del gran público, cándido niño grande, ha exigido siempre, para sus lecturas y para

su teatro, la felicidad y las metafóricas perdices consabidas al sobrevenir el desenlace de no importa qué intriga novelesca o dramática. De ahí que todos los folletines y novelas por entregas acaben lo mismo, ni más ni menos que el absurdo melo con que ha llorado la gentil Margot.

Arte esencialmente popular, no podía ni quizás debía el cinematógrafo sustituirse desde luego a los imperativos populares. Toda película se remataba en una especie de apoteosis integrada por un medio plano donde el joven héroe y la joven heroína dábanse concienzudos besos a tornillo sobre fondos de

crepúsculo para mayor realce poético.

Conforme advertiréis, se trataba de algo análogo a las novelas por entregas o a los melodramas que arrancaron a Margot lágrimas deliciosas. Con frecuencia se permitía la pantalla, al adaptarlos, alterar inmortales asuntos que vulneraban la ley tradicional, decretando entonces, por ejemplo, la boda de Matho y Salambó o la de Don Quijote y Dulcinea... Había de ocurrir así, sólo así, y así, sólo así ocurría.

Pero, constituyendo de continuo un arte esencialmente popular, iba el cine a redimirse paso a paso — aun no se



57

Dita Parlo y Willy Fritsch en la última escena de «Melodía del corazón», otro de los «films» europeos que terminan «mal» desentendiéndose de leyes tradicionales, y es un buen «film».

ha redimido por completo — de convenciones que le impedían constituir un verdadero arte. Su colmo de popularidad le atrajo al cabo el favor relativo de los públicos que se ríen de aquello con que Margot llora y conceptúan engendro absurdo el folletín, de suerte que a la postre no bastaban los besos a tornillo sobre fondos crepusculares, fórmula invariable de los films que terminaban «bien».

Y con temor primero, con descaro después, salieron films que terminaban «mal», producciones de casas europeas lo bastante atrevidas para pretender atropellar prejuicios. El gran público — Margot y compañía — se quedó sorprendido y acaso se sintió molesto por lo pronto ante tamaño atentado a una costumbre inveterada.

Mas los tales films estaban bien, aunque no terminasen «bien», y el gran público pasó por ellos, aunque prefiriera los que no rompián moldes, mientras el público selecto, que tomaba a chacota la parte espiritual del cine, empe-

zó a tomarla en serio al empezar éste a depurarse.

Inútil añadir que los films que terminan «mal» suelen suponer muestras de un cinema inteligente que no cesa de abrirse camino y que hoy se impone a la propia Norteamérica, patria de tantos films de los otros. Porque el público — el público selecto y una porción considerable ya del gran público, Margot inclusive — requiere ahora que el cinema denote inteligencia y rechaza las necedades, siquiera resten quienes no han dejado de conservarse fieles a la fórmula del beso y del crepúsculo, fieles que disminuyen día por día.

De momento no nos proponemos sino una simple comprobación de que los films que terminan «mal» comienzan a desacreditar la clase de los films que terminan «bien», desacreditándolos asimismo entre el público popular para quien se crearon, como no han conseguido desacreditarse las novelas por entregas o los melodramas estúpidos, que gozan todavía de predicamento, merced

a la ignorancia de una ingenua multitud, no obstante hallarse archidesacreditados entre personas cultas.

El film que termina «mal» inicia la intelectualización del cine, su ascenso al rango de arte digno. Y a la vez inicia una intelectualización y un ascenso de las masas, influenciándolas y educándolas.

Precisamente por su esencia popular, incumbia al cine semejante tarea noble y ennoblecadora.

Lo mediocre se envilece y recurre a la lisonja con objeto de que lo soporte el lisonjeado y de que no resalte su mediocridad, al contrario de lo excelente, que no necesita envilecerse y vence a despecho de lisonjas. He aquí una prueba de la excelencia del cinema, excelencia en vías de mejorarse y de subir el nivel intelectual de muchos espectadores tuyos, sin riesgo de perder tampoco el carácter popularísimo con que ha nacido y que lo vivifica.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

Infantil luminosidad. Cabellos rubios en masa compacta, sin el menor vestigio de calvicie.

No pudimos reprimir este comentario:

—Parece usted el hijo de Miguel Ligerero.—

El sonrió modestamente. Pronunció algunas palabras llenas de cordialidad. Y en seguida nos convenció de que en aquel cuerpo joven había un temperamento sólidamente forjado y una mente madurada por un régimen de intensa experiencia.

Le invitamos a visitar nuestra casa, y su inmediata aceptación nos hizo desistir de todo sondeo, seguros de que hallaríamos, durante su visita, ocasión más adecuada para ello.

En efecto, la redacción nos ofreció un rincón tranquilo donde charlar un rato sobre el cine y sobre la persona de Miguel Ligerero.

A nuestra primer pregunta respondió:

—Soy de Madrid, pero (le agradeceré que lo haga constar así) sin complicaciones ni atenuantes. Soy madrileño en cuerpo y alma, porque naci allí y porque llevo siempre en mi corazón a mi patria chica.

—¿Cuándo nació en usted la afición teatral?

—No recuerdo con exactitud. Creo que esa inclinación, mejor dicho, ese amor, nació conmigo. Siendo niño, pertenecí a una compañía infantil. En 1912 hice mi primera «tournée» por las repúblicas hispanoamericanas. Al regresar a Madrid, comencé a trabajar inmediatamente y recorri varios teatros. Estrené, en el trágicamente desaparecido Noveles, «Todo el año es Carnaval o Momo es un carcamal». Despues pasé al Martín, donde, con Blanquita Pozas, me harto de darle golpes a «Los faroles». Arturo Serrano me contrató para el Infanta Isabel y, gracias al éxito que obtuve en «La condesa está triste», se me abrieron las puertas de los estudios de Joinville.

—¿Prefiere usted el cine al teatro?

—El cine es más moderno. Al dejar de ser mudo se ha convertido en un arte completo, de amplísimos horizontes. El actor de teatro que pasa a trabajar ante la cámara, tiene la mejor base para el éxito. Lo que entonces ha de hacer no es modificar sus facultades sino ampliarlas. Es más, creo que para ser un buen artista de cine hay que ser antes un buen actor.

—¿Qué opina usted del desenvolvimiento del cine sonoro?

—Que evoluciona constantemente y que llegará a la perfección cuando se despoje del lastre del diálogo. Yo digo siempre que el cine sonoro debe ser «palabras»: no «diálogo». Por eso creo que los autores de cine hay que buscarlos entre los periodistas y novelistas. Ser autor dramático es un inconveniente para escribir argumentos de películas.

—¿Cree usted que entre los artistas de habla española hay elementos para imponer buenas películas?

—¡Ya lo creo! Buenos artistas sobran. Sólo falta la organización que les proporcione los medios materiales. La prueba de que estoy convencido de ello es que propuse hacer una película con elementos exclusivamente hispanoamericanos. Se aceptó y comenzamos los preparativos. Mi misión consistía en dirigir el



## UN AS DE LA PANTALLA ESPAÑOLA

CONVERSANDO CON MIGUEL LIGERO

CUANDO un amigo nos comunicó que Miguel Ligerero había regresado a España y que se hospedaba en un hotel de Barcelona, concebimos inmediatamente el propósito de saludarlo.

La personalidad artística de Miguel Ligerero era, en nuestra memoria, algo vivo y perfectamente definido desde que por primera vez le vimos trabajar en la pantalla. El film era malo y los artistas que compartían con él la representación, no estaban aún «en forma», como se dice expresivamente en las lides deportivas. Sin embargo, la labor de Miguel Ligerero surgía de todo aquello con esa seguridad y esa firmeza de los triunfos indiscutibles.

Después le vimos trabajar en películas mejores, y en cada una de ellas se reforzó el concepto crítico que había-

mos formado sobre él y que queda expresado en estas palabras: Miguel Ligerero es el mejor actor cómico con que cuenta el cine de habla española.

Nuestro amigo se prestó a acompañarnos, y momentos después estrechábamos la mano de Miguel Ligerero.

Antes de llegar a él, saludamos a la pareja Rivelles-Ladrón de Guevara. Nada que merezca relatarse en este rápido saludo, friamente formulario. Todos conocemos a este matrimonio en el que el marido tiene el mérito de haber dedicado toda su vida al estudio de la carrera teatral. En cuanto a María Ladrón de Guevara, nosotros nos limitaríamos a llamarla la señora de Rivelles.

Una gratísima impresión al estrechar la mano de Miguel Ligerero. Un muchacho todavía. Unos ojos claros, de cándida e

film. Los artistas eran Ramón Pereda, el argentino Paúl Ellis, el cubano Cardona, Barry Norton, Manuel Conesa, Celia Montalbán y el chileno Villegas. El propósito no se llevó a cabo porque los estudios que costeaban la empresa suspendieron la producción en castellano. Fué una lástima, porque era una oportunidad para demostrar a aquellos empresarios lo que vale trabajar con independencia.

—Por lo visto, la estaban ustedes echando de menos.

—Respecto a eso, todo lo que le diga es poco. Nuestra vida artística se deslizaba penosamente bajo una presión despotica y tiránica. Yo experimentaba la sensación de que aquellos señores nos habían contratado para hacernos fracasar. Nos daban los papeles que teníamos que representar, con veinticuatro horas de anticipación. ¿Cree usted que en un día hay tiempo para estudiar el diálogo, el ambiente, el carácter que se ha de encarnar? Pero esto último huelga. Allí no teníamos que estudiar caracteres ni personajes. Nos proyectaban la película original en inglés y nos obligaban a imitar a los artistas que la interpre-

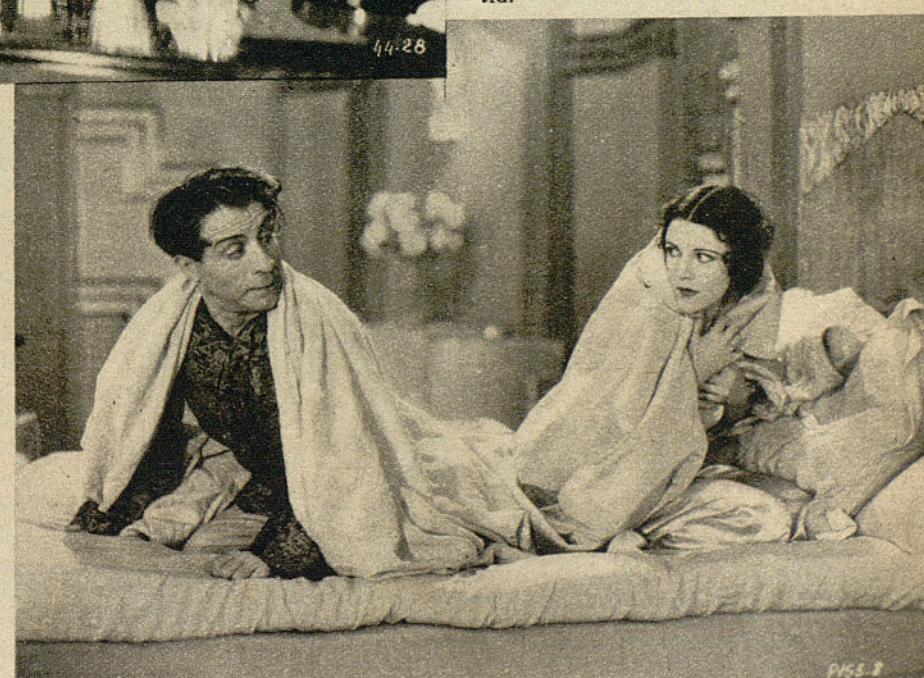


Miguel Ligero y Rafael Calvo en «Sombras de circo».



Miguel Ligero en «Doña Mentiras».

taban. Era inútil que usted intentara dar a su papel otra interpretación con arreglo a su temperamento y a su visión del personaje. Por absurda que fuera la concepción del artista norteamericano, usted tenía que imitarlo al pie de la letra. Por eso, al hacer el reparto, no se preocupaban lo más mínimo de la modalidad artística de cada cual, sino sólo del de su parecido externo con el artista norteamericano. ¿Quiere usted cosa más absurda? Por otra parte, no se hacia versión española de ninguna superproducción. Para eso se dedicaban las películas de tercera o cuarta categoría. Aun hay más: las películas originales las impresionaban con tres cámaras, para después hacer una selección entre las escenas de la triple cinta y formar con los mejores trozos de las tres una sola película. Para la versión española, empleaban una sola cámara y dejaban pasar cualquier error con tal de ahorrar unos minutos y unos metros de celuloide. —



Miguel Ligero e Imperio Argentina en una escena de «Su noche de bodas».

Miguel Ligero había enmudecido. Nos pareció ver pasar por sus ojos la tristeza de nuevas evocaciones.

—Una última pregunta — dijimos, para ahuyentar de su pensamiento los recuerdos ingratos —. ¿Debe existir el nacionalismo en las películas?

—No. Ese es un defecto muy frecuente en los films norteamericanos. Mi opinión es que las películas de habla española deben amoldarse a nuestra psicología, pero sin sacrificar su carácter cosmopolita. —

Miguel Ligero consultó el reloj y se puso en pie. Comprendimos por su gesto que, absorto en sus evocaciones, más amargas que felices, había dejado pasar la hora de alguna cita o de algún quehacer ineludible. No le retuvimos un segundo más. Le tendimos la mano y el gran actor cómico la estrechó con un gesto lleno de cordialidad y simpatía.

# ANN DVORAK



ANN Dvorak, la última cenicienta, que así llaman a esta artista en Hollywood, nació el 2 de agosto de 1912 en la ciudad de Nueva York. Es hija de Anna Lehr, estrella que fué del teatro y de la pantalla. A la edad de nueve años se trasladó a California con su madre, y a la edad de quince se graduó en la escuela elemental Page para niñas. Criada en un ambiente teatral y cinematográfico, desde muy joven ambicionaba ser artista. En la escuela representó varias obras con sus condiscípulas y durante las vacaciones veraniegas buscó trabajo en los estudios cinematográficos, pero sin resultado. Los directores de películas y altos empleados que visitó con este objeto, se negaron a admitirla por ser aún demasiado joven.

Después de salir del colegio, se afirmó en su decisión de dedicarse a la pantalla y logró finalmente obtener trabajo como bailarina de la «Metro-Goldwyn-Mayer». Fué una de las varias bailarinas que aparecieron en la «Hollywood Revue» y otras películas musicales de «M. G. M.», y después de actuar un año como corista fué nombrada ayudante del director de baile de los estudios.

Durante tres años estuvo al servicio de la «Metro» como profesora de baile de las estrellas. Se le permitió ocasionalmente actuar como «extra» y como doble de algunas estrellas.

Por fin llegó la gran ocasión de su vida en la persona de Howard Hughes, que buscaba una muchacha de aspecto muy juvenil y vivaz para confiarle el papel de Cesca en «El terror del hampa». Después de efectuar satisfactoriamente una prueba, Hughes designó a Ann Dvorak para interpretarlo y ésta declara que el hecho le produjo la mayor emoción que nunca haya experimentado.

La gentil Ann justificó plenamente las promesas de la prueba efectuada, realizando una labor digna de todo elogio, así que al terminar «El terror del hampa», le fué confiado el rol de protagonista femenino en «Diablos celestiales».

Ann Dvorak tiene una personalidad brillante y distinguida y los que han observado de cerca su trabajo predicen que ha de escalar la cumbre de la popularidad en su profesión, pues ha demostrado ya poseer un talento casi genial.

Adora la música y su distracción favorita consiste en sentarse al piano horas enteras. Escribe canciones, música y letra, y es una excelente bailarina y nadadora.

# El Cine y la Moda

## Trajes de baño



Mary Carlisle por su parte propone este original traje de baño hecho con cuatro pañuelos de abigarrados colores.

Anita Page y Dorothy Sebastian proponen estos dos modelos en los que la espalda queda completamente al aire.



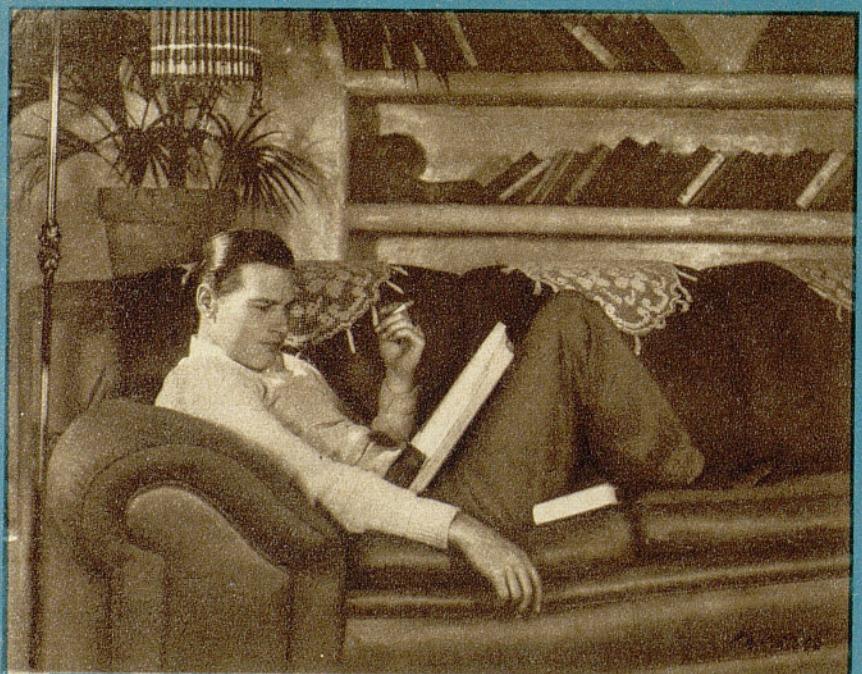
En cambio, Anna May Wong se atiene a la forma clásica de baño con la única variación de que en él juegan dos colores opuestos.



Los artistas en



El hogar del astro de la Paramount, Richard Arlen y su esposa la celebradísima exestrella del cinema Jeana Ralston, que al decir de la gente son uno de los matrimonios más lises y normales de Hollywood.





*Mujeres bonitas*

**Elissa Landy**

la subyugadora gran  
estrella de la Fox.

LARRAYA



### CUATRO DE LOS ARTISTAS DE LA CASA FOX

cuyos retratos fragmentados publicaremos en números venideros, los cuales han de reconstituirse para obtener alguno de los importantes premios que se conceden en el

### CONCURSO MOSAICO "FILMS SELECTOS-FOX"

Véanse las bases publicadas en el número 87 de esta revista correspondiente al día 11 de este mes de junio



# DOS EX CAMPENAS DE BOXEO Y UN CAMPÉON; TRES "ASTROS" FUGACES DEL CINEMA

por MANUEL P. DE SOMACARRERA

Max Schmeling



DECÍA no hace mucho el célebre ex boxeador Carpentier, en un artículo suyo aparecido en «La Nación» de Buenos Aires, que si un púgil consigue mantenerse durante diez años en actividad, puede decirse que ha cumplido toda la vida de trabajo de un hombre ordinario. Y, sin embargo, la recompensa lograda es relativamente pequeña.

De ahí que yo crea en sus palabras, que como él piense que en la mayoría de los casos la vejez de los púgiles es una tragedia. A este respecto podría citar algunos ejemplos; pero basta con hojear las revistas y periódicos, tanto deportivos como cinematográficos que nos llegan de allende el Atlántico, para darse cuenta de que son muchos los púgiles fracasados que acertaron a distinguirse en el cinematógrafo como asimismo los que en otro tiempo fueron ases del «ring» y ahora forman parte de la gran masa anónima de los «extras», esos seres que son residuos del arte o de la humanidad aparecen en las películas de gran espectáculo. Además puede asegurarse que en cualquier ciudad de los Estados Unidos, por pequeña o grande que sea, ha tenido su cuna algún boxeador, siendo allí precisamente donde podría hallarse la lección más triste, pero más fuertemente humana que nos puede deparar la vida.

Por ello no es nada extraño que muchos boxeadores, ya en el declive de su celebridad, hayan irrumpido en la vida del cine para volver a conquistar aquélla y labrarse un nuevo porvenir. Entre los que han llegado a alcanzar renombre como artistas del celuloide, figuran los nombres de George O'Brien, Victor Mac Laglen, Iván Linow, Karl Dane, el difunto Louis Wolheim y otros. Pero posteriormente o más recientemente si se quiere, Georges Carpentier, Jack Dempsey y Max Schmeling.

Georges Carpentier gustó la aventura del cine más que por vocación por amor propio. Cuando el antiguo campeón de Europa vió que su sa-

biduría de buen peleador se hacia impotente, que toda su gran popularidad alcanzada en el «cuadrilátero» se venía abajo, pensó que la manera más cómoda y rápida de volver a conseguir fama y dinero era dedicándose a hacer películas. Y así lo hizo por cuanto al casarse prometió a su señora que nunca más volvería a dedicarse a la boxeo.

Su primera película se impresionó en Los Angeles hace unos nueve años, rodándose más tarde otra en Londres que llevaba por título «El maravilloso». Pero donde se reveló como un verdadero artista profesional fué en «La sinfonía patética», su última producción hecha en 1929. De entonces acá sus actividades han sido otras, por cuanto el nombre del famoso ex boxeador francés se ha encendido con letras de color sobre la fachada de casi todos los «cabarets» y «music-halls» del mundo. En el bullicioso Broadway neoyorquino, donde más ha actuado, goza de gran prestigio como «chansonier».

Si embargo se dijo, a raíz del estreno de su última película, que Georges Carpentier volvería al boxeo, siendo desmentida semejante noticia por el propio ex campeón que aseguró que no volvería a calzar los guantes de seis onzas porque le gustaba ser artista de cine más que boxeador. Pero si esto dijo antes, ahora parece contradecirse lamentablemente, de ser cierto esto que al pie de una fotografía publica «La Prensa», de Nueva York: «Irene Bordoni y Georges Carpentier, el famoso pugilista francés, que va a intentar en breve su retorno al «ring», iniciando su campaña en Europa con dos o tres peleas de poca importancia.»



Jack Dempsey, a pesar de su fortaleza, es un devoto de la cartomancia a la que recurre para intentar saber lo que en el porvenir le aguarda.

Y en este juego de alza y baja tenemos a Jack Dempsey. A veces popular y otras impopular; según los dólares o los amigos. Las gacetas más o menos suplicadas en los periódicos.

Algo parecido a lo que le ocurrió a Carpentier, le ha sucedido al ex campeón del mundo de todas las categorías, que fué uno de los pugiles que durante su reinado gozó de mayor prestigio y por nadie fué discutido. Carpentier y Firpo cayeron a sus pies «knocoutados», arrebatando asimismo el título de campeón al gigantesco Williard. Pero una prolongada inactividad mermó sus facultades y el immense Yankee Stadium presenció su derrota ante las furiosas acometidas de Tunney. Algo de la culpa de aquel fracaso la tuvo la artista de la pantalla Estelle Taylor, que había conquistado amorosamente al pugil, haciéndole más tarde su esposo.

Después de casado, Dempsey intentó en varias ocasiones volver a recuperar lo perdido y obtuvo otros tantos fracasos a manos también de Gene Tunney. Poco a poco se fueron debilitando los ánimos del ex campeón hasta llegar casi por completo, no solamente a obedecer a su señora, sino también a someterse a sus caprichos.

Tras su viaje de bodas por Europa regresaron a Norteamérica. Parecían estar el uno del otro más enamorados que nunca. Todos cuantos conocían al matrimonio, decían que era uno de los más felices del mundo. Apenas si sufrieron algún leve enfado. Siempre Dempsey haciendo caso de su señora y viceversa. Y en este camino de obediencia, más bien de armonía mutua, Dempsey empezó por someterse a la cirugía estética. Arreglada su nariz y hermoseado el rostro, terminó por hacer películas con Estelle Taylor.

La labor realizada por Dempsey como actor de cine no ha sido del todo mala. Pero, desde luego, que no ha trascendido tanto como la realizada por Carpentier. Sin embargo, pronto se cansó de la vida de los estudios e hizo que con su retirada se retirase asimismo su esposa, que le obedeció ciegamente sin hacer la más mínima protesta ante aquella decisión de su marido.

Pasó el tiempo. Cuando mayor parecía la felicidad del matrimonio, surgió lo inesperado que vino a dar al traste con todas las ilusiones que se habían albergado en la cabecita de la estrella. ¿Dempsey se había aburrido de su mujer o tenía el decidido propósito de volver a boxear? Sea cual fuere su verdadero motivo el caso es que el ex campeón del mundo de todas las categorías, tras un lustro de matrimonio decidió un día del año pasado trasladarse de Los Angeles a Reno, esa ciudad a la cual se conoce por el paraíso de los divorciados, para presentar su demanda de divorcio. Como es natural su determinación dió mucho que hablar en Los Angeles, siendo mayores los comentarios que se hicieron en los centros boxísticos de Nueva York. Pero

la que se sorprendió más fué su esposa. No acertaba a comprender el porqué de aquella decisión de su marido, ya que nunca habían reñido seriamente y fueron pocas las veces que habían permanecido el uno sin el otro. Además, él fué causa de que abandonara su carrera cuando pudo haberle producido una fortuna.

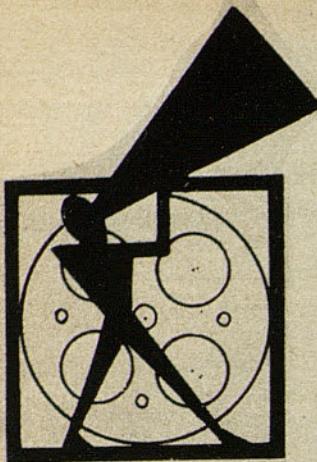


Georges Carpentier



(Continúa en la pág. 22)

En la presente fotografía se ve a Max Schmeling transportar, en una carretilla, a cuatro fotógrafos.



## NOTICIARIO

### \* \* \* \* FILMS SELECTOS \* \*

SEGÚN dicen, los tres hermanos Barrymore, Ethel, John y Lyonel, van a filmar una película escrita expresamente para que ellos actúen como protagonistas.

HEMOS leído en una revista americana la graciosa anécdota de Lupe Vélez que a continuación copiamos:

El último favorito de la estrellita se llama Randolph Scott, y es uno de los nuevos «descubrimientos» de los estudios de «Paramount». Cuéntase de ella que, estando en el comedor del Ambassador Hotel, alguien le preguntó por Gary Cooper.

—Gary es un bebé — contestó Lupe —, mientras que este otro sabe mucho. —



De Sylva Browny Henderson, productora, y Leo McCarey, director de «Indiscreta» con Ben Lyon, Bárbara Kent, Gloria Swanson y Arthur Lake, intérpretes del film.

Y, en seguida, volviéndose hacia su secretaria, le pidió que llamase por teléfono a mister Scott.

—En «Paramount» deben de haber muchos Scott — le contestó aquélla. — ¿Cuál es su primer nombre? —

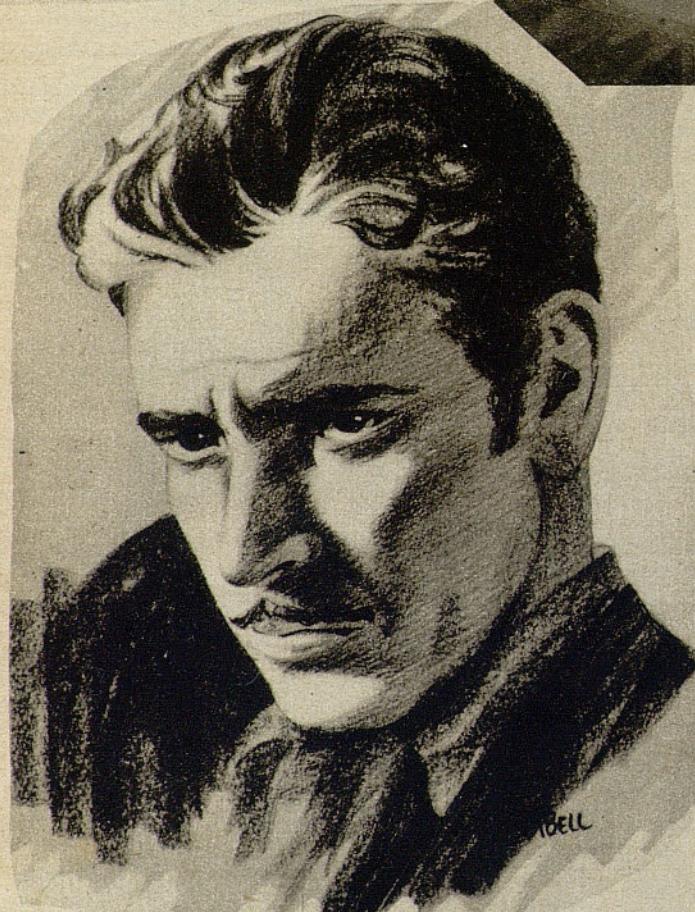
Pero Lupz no se acordaba y, rascándose la cabeza nerviosamente, le contestó en chapurreado inglés:

—Llame a mi hermana y pregúntele cómo se llama el Scott que yo amo. —

UN bandido penetró hace pocas noches en el «Brown Derby», un club de noche frecuentado por muchos artistas de cine, y bajo la amenaza de su revólver se apoderó de doscientos dólares que contenía la caja y ochocientos dólares que tuvieron que entregarle los que estaban presentes, huyendo después sin que fuera perseguido. Entre los artistas que se hallaban en el club y fueron víctimas del ladrón, recordamos a Gary Cooper, Greta Nissen, George O'Brien, Joan Bennett, Claudette Colbert, Norman Foster y Roberto Armstrong.

EL día 16 de mayo retornaron a sus puestos en los estudios de la «Paramount», por haber llegado a un perfecto acuerdo, después de las diferencias habidas con dicha productora, el célebre director Josef von Sternberg y la celebrada estrella Marlene Dietrich. Marlene, al ocupar otra vez su coquetón camerino, fué acogida con una verdadera invasión de flores. La actividad se paralizó en todas las dependencias del estudio, y no quedó ni un sólo empleado que no fuera a rendirle homenaje a la gran actriz y al gran director. Todo lo ocurrido se ha olvidado. Un momento emocionante fué el del abrazo entre von Sternberg y el otro genio del megáfono: Lubitsch. Las declaraciones del gran amigo de Marlene fueron:

—Mi próxima hará de Marlene una cosa fantásticamente consagratoria que se recordará toda la vida. —



Retrato al carbón de Ronald Colman, hecho por el dibujante P. M. Bell.



Wallace Beery, el astro de la M.-G.-M., aparece aquí con su nuevo aeroplano para seis pasajeros y capaz de desarrollar una velocidad de 170 millas por hora. Beery es poseedor de una licencia oficial de piloto.

JOAN Crawford tendrá por galán joven, en su próxima película, al actor que colaboró con ella en uno de sus más grandes éxitos románticos en el cine silencioso.

Nils Asther, el brillante actor sueco, será el intérprete del papel del héroe en «Letty Lynton», producción de Joan Crawford, que está ya en preparación en los estudios de la «Metro Goldwyn Mayer».

Faltos de tiempo y espacio no podemos dedicar en este número el loable comentario que merece, por su éxito y fines, la fiesta del

## DÍA DEL CINE

En el próximo número tendremos una gran satisfacción en publicarlo.

CUANDO regresaba a su casa después de filmar en los estudios de la «Radio», el automóvil de John Barrymore fue estrellado por otro coche que logró huir. El actor resultó con lesiones en la cara que obligaron a suspender la filmación de la película en que estaba trabajando, hasta tanto el famoso «perfil» recobre su pureza.

EL conocido cineasta D. M. de Miguel, ha sido nombrado representante para Europa de los editores libres de películas de los Estados Unidos. Próximamente saldrá para aquel país acompañado del concesionario que ha designado para que se encargue de la distribución en España del material de los mencionados editores.

El viaje del señor de Miguel tiene por objeto el organizar el servicio de importación de películas mediante una cuidadosa selección de las mismas que él desea realizar personalmente, teniendo en cuenta las características y los gustos del público en cada uno de los países en los cuales el material de los fabricantes libres ha de ser exhibido.

Por lo que afecta concretamente al público español, quiere el señor de Miguel que éste tenga ocasión de conocer y admirar producciones que no habían podido aun ser introducidas en el mercado cinematográfico de España.

MIENTRAS Edna Purviance seguía en el hospital gravísima, falleció en su casa, de un ataque al corazón, el padre de la actriz, Michael Purviance, de ochenta y cuatro años de edad. La ex estrella, que sigue delicada, ignora aún la triste noticia, pues los médicos se han opuesto a que se le comunique.

FILOSOFÍA de Marie Dressle:

«No se comienza a vivir sino a los cincuenta años. La gente es tan tonta que se agita y se sofoca y se hace una

montaña de cosas sin importancia, esperando demasiado de la vida. Cuando uno llega a los cincuenta, empieza a comprender la inutilidad de todo esto. Cuando nada se espera, nada nos decepciona.»

JOHN Mac Brown debe su carrera artística a George Fawcett. Este lo vió jugar en Pasadena en el juego de fútbol de Año Nuevo y quedó maravillado de él al hacer Mac Brown una carrera de noventa yardas. Al poco tiempo lo vió jugar en Birmingham, pero al conocerlo y pedirle entrara en el cine, éste, que sólo tenía su vista fija en el fútbol, le contestó que no. Así los meses pasaron, hasta que en 1927 lo volvió a encontrar, pero no ya como jugador, sino como «coach auxiliar» del equipo de la misma Universidad donde había brillado y habiéndose convertido en estrella.

Al hablarle esta vez lo convenció, y entonces John Mac Brown entró en el cinematógrafo para ser uno de los artistas jóvenes de más porvenir en el lienzo.



Bajo la tutela de Rachel Smith, de la Junta de Educación de los Ángeles, el pequeño Robert Coogan recibe su primera clase de gramática y aritmética en el estudio, después de tomar parte en el rodaje de algunas escenas de la película «La novia del azur» de la Paramount, en la que aparece con los eminentes artistas Richard Arlen y Jack Oakie.



## En el fondo del mar

sería imposible la permanencia del buzo si le faltase la provisión de oxígeno que lleva á prevención.

Así, en la vida, es también imposible la existencia cuando á un organismo depauperado no se le dota de energías que eviten los rápidos estragos producidos por la anemia, la desnutrición, la clorosis, el histerismo en las mujeres, la neurastenia y el agotamiento en los hombres...

Esa provisión de energías, de salud y de vitalidad va encerrada en cada frasco del poderoso tónico y reconstituyente **Jarabe de**

# HIPOFOSFITOS SALUD

En cuantos casos he empleado el Jarabe Hipofosfítos Salud he obtenido los mejores y más rápidos resultados.—E. Roca Sánchez, Doctor en Medicina y Cirugía. Calle Ríos Rosas, 25, pral.—Madrid.

Inyecta vida y devuelve el buen humor á los melancólicos.

De uso en todo tiempo.

Aprobado por la Academia de Medicina.

No se vende a granel.

### Dos ex campeones de boxeo y un campeón: tres «astros» fugaces del cinema

(Continuación de la página 19)

No obstante haberse asegurado que Dempsey lo hacia todo por volver al «ring», Estelle Taylor pudo averiguar que aquello no era cierto, por cuanto se trataba de una aventura amorosa de su marido. Dempsey se había enamorado de una linda señorita llamada María de Jesús Olgún, con quien pasó algunos ratos en alegre compañía. Dicha mujer era una de las artistas que componían la troupe de Niñas Toreras, procedentes de Méjico, que habían actuado en Los Angeles por espacio de breve tiempo. Pero a pesar de todo, Dempsey se salió con la suya y Estelle Taylor tuvo que aceptar el divorcio. Aunque de la mujer que le arrebatara su amor no ha vuelto a saberse nada, sí se sabe que la que fué esposa del célebre ex boxeador volvió a la vida activa del cinema. Su ex marido también parece haberse decidido por la suya antigua, por cuanto acaba de confesar que su aspiración más ferviente es volver a recuperar el título perdido.

Respecto a Max Schmeling, campeón mundial de todas las categorías, poco puede anotarse en su haber de películero. Su vida «pantallesca» ha sido corta, aunque no mala. Ha hecho sólo una película y ya le basta para figurar como artista en los anales del séptimo arte.

Max Schmeling se asomó al mundo del cine porque hacia

falta. Lo necesitaba una empresa productora de películas, que tenía el propósito de editar una titulada «Amor en el ring». Como la película iba a ser editada en Alemania y el papel de protagonista había de encarnarlo un boxeador, a nadie mejor que a él, alemán auténtico y figura prestigiosa del boxeo, podría encomendárselle. La estrella rusa Olga Tchecowa fué su «partenaire» y al lado de ella realizó un trabajo que si no excepcional, puede muy bien calificarse de excelente. Max Schmeling, contra lo que en principio creyeron sus directores, resultó al final de haber sido rodada la cinta, un buen actor cinematográfico. Así es que no sólo triunfó en ella por sus condiciones de atleta, sino también por su talento natural de hombre.

El campeón alemán, de fracasar en el boxeo, puede muy bien hacer carrera en el cinematógrafo. Por lo menos apunta más condiciones que apuntó Dempsey, y una vez acostumbrado al «set», podría alcanzar tanta popularidad como cualquiera de nuestros artistas. Pero su «estrellato» ha sido efímero. Esa su primera salida al campo de la cinematografía le ha proporcionado unos miles de pesetas sin haber expuesto su físico gran cosa. Además ha vivido el encanto de la falsa realidad del cinema, experimentando el placer de ver reflejada su imagen en la pantalla. Claro que un poco desfigurada, desencajada más bien; pero conservando siempre algo de lo que es privativo en la vida real de este moderno intelectual del músculo.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

### También las estrellas de Hollywood son sentimentales

Escondidos en viejos baúles que reposan en buen número de desvanes de las mansiones de Hollywood están los recuerdos sentimentales de las estrellas del cinema.

Algunos guardan fiel memoria de los días de la infancia, de la fiesta de la primera comunión, del primer amor que hizo latir con fuerza los corazones y de las vicisitudes experimentadas en el comienzo de sus carreras.

El recuerdo más preciado de Richard Arlen es una modesta medalla de bronce que ganó

en un concurso de natación cuando cursaba sus estudios en el Instituto de St. Paul.

La reliquia más atesorada de George Bancroft es una fotografía en la que él está retratado en medio de sus padres, y vestido con el flamante uniforme de mensajero telegrafista.

Tallulah Bankhead guarda el vestido que llevaba el día de graduarse del pensionado.

Nancy Carroll ha puesto a buen recuerdo el primer bolso que compró con el dinero ganado con su trabajo a pesar de que el pobre está ruinoso y cayéndose en pedazos.

El fetiche de Maurice Chevalier es un anillo que le regaló su esposa antes de casarse.

Claudette Colbert tiene un pequeño braza-

lete que le dió su primer «novio», cuando ella contaba apenas catorce años y el galán no había cumplido quince.

Gary Cooper conserva religiosamente las rien-

das que usó al aprender a montar a caballo.

Marlene Dietrich presta extraña adoración al violín que le compró su padre para que to-

masse lecciones y más tarde lo usara en conciertos.

El primer recorte de periódico comentando su valor artístico en un pequeño papel que re-

presentó en el Teatro Guild es la prenda ate-

sorada por Sylvia Sidney.

Miriam Hopkins guardó el fragmento del billete de tren que compró para ir a Nueva York en su gran aventura.



Dos escenas de  
la película Exclu-  
sivas Almira  
**EL HALCÓN**



de la que son  
protagonistas  
Bebe Daniels y  
Ricardo Cortez.

# EN HOLLYWOOD

no es ningún secreto que multitud de artistas de la pantalla usan los Productos Insuperables de Belleza del Dr. Fleming de New York, por los excelentes resultados que con los mismos han obtenido.

La edición española del interesante librito explicativo de las propiedades de los Productos Dr. Fleming, titulado *La Clave de la Belleza*, atestigua el parecer de las grandes estrellas Jeanette Mac Donald, Clara Bow, Nancy Carroll, etc., respecto la bondad de estos Productos.

El Instituto de Belleza del Dr. Fleming en Barcelona, Corts 684, manda este interesante librito gratuito y certificado a quien lo solicita mediante envío de pesetas 0'30 para gastos de correo.

## TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RÁPIDOS RESULTADOS



### Tiñe las CANAS

— con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.  
Caja grande . . . 6 "

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

### CINEMA CULTURAL

## NUBES INVISIBLES

por BERTA VON PRITZELWITZ

Maravillosos son en verdad los fenómenos que la ciencia y la maestría del doctor Martin Rikli desarrolla ante nuestros ojos. Pasan por la pantalla como problemas que han sido resueltos jugando, problemas, sin embargo, bien complicados y que exigen toda clase de estudios. Esta vez es la Física la que atrae nuestro interés. ¿A quién no le llamaría la atención observar cómo se hace visible el aire caliente? Tantos fenómenos cotidianos, que no advertimos nunca, se nos muestran aquí bajo una nueva luz. Sin parar mientes en ello encendemos diariamente numerosas cerillas, sin advertir, ni saber siquiera, la inquietud que con ello se produce en las capas de aire que rodean la tenue llamarita. De ahora en adelante, después de haber visto este documental de la UFA, pensaremos en ello. Como unas poderosas nubes se eleva el aire calentado por encima de la llama del fósforo o de la vela, por ser más ligero que el aire frío. Antes de haber visto este film, no teníamos de ello ni la menor idea.

En el Instituto para Física técnica de la Escuela Técnica Superior de Berlín, se ha instalado un aparato para hacer visible el aire. Este aparato para estudiar el calor permite ver las capas de aire caliente que se mueven alrededor de una bombilla encendida. Se queda uno sobrecogido al pensar en los miles de bombillas que ve uno encendidas por la noche sin sospechar siquiera los fenómenos que a su alrededor se producen, y que nos revela ahora este film. Cuando nos secan el pelo con un «fón», no sabemos el verdadero huracán que se desencadena en las capas de aire frío que rodean nuestra cabeza.

A parte el fuego y la electricidad, también el calor de nuestra propia sangre produce desasimiento en el aire frío. ¡Nunca habíamos pensado en ello! Lástima que en más de una importante ocasión, no tengamos a mano un indiscreto aparato de esos que se dedican a estudiar el calor! Más de un ferviente juramento sería medido con exactitud, demostrándose que muchos cariños y amistades jurados solemnemente, eran más fríos que témpanos de hielo... Este maravilloso aparato puede revelar también los estados de excitabilidad de los animales du-

rante la doma o en períodos de enfermedad. Un pequeño ratón muestra su sangre caliente en una fotografía. La verdadera frialdad de una rana, que reside en su sangre, puede verse en la fotografía de un sapo, en la que sólo se ve el ácido carbónico del aire respirado.

Un fenómeno verdaderamente interesante podemos observar con este aparato, y es la salida de ácido carbónico y de gas conjuntamente, vista al «rálentis». Y entonces comprendemos que es una medida elemental de higiene el ponerlos algo delante de la boca cuando tosemos. Si se coloca a poca distancia de la boca del que tose un pedazo de papel, veremos que detrás de éste el aire permanece absolutamente quieto, mientras que por el lado de acá el aire y las bacterias se entregan al más desenfrenado de los bailes.

También la dueña de casa recibe una lección para saber guisar con economía. Pues en la pantalla se ve claramente que si se coloca un pequeño puchero encima de un fuego grande, lo único que se consigue es calentar el aire que lo rodea, sin beneficio alguno para el puchero. Esto es, representa tirar el dinero por el balcón cuando la superficie caliente es mayor que el objeto que se quiere calentar. Después de las dueñas de casa, vienen los técnicos del calor. De nuevo se comprueba que la teoría y la práctica se dan de bofetadas muchas veces. Tal vez resulte muy bonito colocar frente a la ventana un calentador cualquiera. Pero la práctica no está conforme con ello, pues veremos que el aire caliente se eleva hasta el techo y por allí toma el camino de la ventana y se marcha lindamente a la calle. Con lo cual la habitación ni se calienta ni se aísla suficientemente. Hay que colocar, pues, los radiadores o estufas debajo de la ventana. Así nos lo enseña el film.

Todavía otra novedad para el profano. Para enfriar bebidas, no basta con colocarlas en hielo, sino que hay que poner un plato con hielo encima de la abertura. Preciosa es la fotografía que nos muestra el aire frío, más pesado, descendiendo y envolviendo el recipiente que queremos enfriar.

Y ahora un encantador final. Por unos momentos es la magia de las fiestas de Navidad. Las velas ardiendo suavemente, se rodean de aire caliente, que al elevarse hace sonar las finas campanitas de plata que cuelgan de las ramitas superiores del pino de Noël. Dan ganas de permanecer largo rato sumidos en este encanto, pero el telón cae, la sala se ilumina y se esfuma la dulce ilusión.

LILYAN TASHMAN ENCUENTRA UN POCO CARO MANTENERSE EN SU TÍTULO DE «LA MUJER MEJOR VESTIDA DEL CINEMA».

Lilyan Tashman es la poseedora de un título que no se consigue fácilmente y que resulta todavía más difícil retener. Es aceptado por todos que la escultural artista de la Paramount es la más elegante mujer del cinema.

Para poder conservar su renombre, Lilyan se ve obligada a ir a París dos veces al año y regresar sin tardanza a Hollywood con sus bañales llenitos de bellas prendas femeninas.

Su último viaje a Europa lo motivó la necesidad de escoger modelos apropiados para usar en su recién película Paramount, *El Señor Sabe*, en la que comparte los honores estelares con Claudette Colbert, William Boyd y Melvyn Douglas.

Cuando llegó a los estudios neoyorquinos de la Paramount su nuevo ajuar consistía en más de dos docenas de flamantes creaciones, con sombreros, zapatos, joyas y bolsos adecuados al estilo de aquéllas. Estos vestidos, según Carolyn Putman, la diseñadora de modas de Paramount, están por lo menos seis meses avanzados a los modelos actualmente en boga.

Los nuevos sombreros de Lilyan Tashman exigen cambios radicales en su peinado. Al ser de tamaño minúsculo, bajos de copa, echados a un lado y cayendo coquetamente encima de un ojo, la obliga a peinarse el pelo para atrás, bien aliado, en lugar de dejar caer el pelo en rizos por la frente y mejillas.

A pesar de su seductiva figura y de las cinceladas líneas de sus facciones, los vestidos que acostumbra escoger Lilyan Tashman son sin excepción de gran sencillez.

Una de las creaciones que compró en París y la que usará en su nueva película consiste en una falda y blusa de lana entrelazada color gris y blanco, con una chaqueta corta del mismo color y material. Un chal de coral y verde y un cinturón que hace juego con esa combinación, un sombrerito de felpa color canela claro y guantes de gamuza del mismo color, completan el conjunto.

«Lilyan Tashman» — recalcó miss Putman al examinar las galas escogidas por la bella actriz — es el auténtico prototípico de la mujer elegante de 1932.

— Entonces me atreveré a hablar, puesto que ya sabe que he venido para rogar a usted que sea mi esposa. Pero antes de que me dé su respuesta definitiva, debo decir a usted algo... Mi honor me obliga a ser absolutamente franco, y tiene usted derecho a saber los móviles que me impulsan a solicitar su mano. ¿Puedo hablar sin ambages?

— Se lo ruego a usted — contestó ella con voz sin inflexiones.

Inclinándose ligeramente hacia ella siguió el conde:

— Anoche me preguntó usted cómo era posible que, siendo conde de Taxemburg, fuese, al mismo tiempo el naturalista Friesen, y esto me fuerza a decir a usted que hasta hace poco tiempo he sido Gunter Friesen a secas, sin ningún derecho a llevar el nombre ni el título de Taxemburg.

Ella levantó la cabeza preguntando vivamente:

— ¿No es usted conde de Taxemburg?

Con sonrisa algo escéptica contestó él:

— Tranquilícese usted, señorita; tengo el indisputable derecho a llevar ese título. Pero no lo tenía al nacer... Soy lo que en el mundo se llama un hijo natural... un bastardo.

— ¿Quiere eso decir que no fué el conde de Taxemburg su padre? — preguntó ella con el mismo interés.

Gunter dió falsa interpretación a éste, atribuyéndolo al temor de perder el condado.

— De nuevo ruego a usted que se tranquilice; el conde Humberto de Taxemburg fué mi padre, pero... mi padre natural; lo que equivale a decir que no estaba casado con mi madre, y sólo me ha reconocido pocos meses antes de su muerte, devolviéndome todos los derechos de que me privaba mi ilegítimo nacimiento.

El primer impulso de Dagmar fué dirigirle algunas palabras de consuelo que disiparan la amargura que veía en su frente. Pero recobrándose a tiempo, limitóse a preguntar:

— ¿Conoce mi padre esa circunstancia?

Haciendo una señal afirmativa, contestó él:

— Naturalmente... su señor padre está enterado de todo. ¿Me da usted licencia para que le refiera a grandes rasgos mi vida?

— Le oiré con sumo interés — asintió ella.

Tras de unos momentos de reflexión, empezo Gunter su relato:

— Mi madre era una pobre huérfana sin apoyo ni recursos, que se dedicó al teatro para crearse un porvenir. Sin gran talento, pero con mucha hermosura, ésta le atrajo la desgracia. Conoció a mi padre, que era por entonces un brillante oficial que vivía con esplendidez. La herencia paterna, que no fué muy cuantiosa, desapareció pronto, y puede decirse que desde un principio vivió de deudas. Mi madre le gustó, y como era una muchacha honrada que le opuso resistencia, prometió casarse con ella en cuanto obtuviera la licencia de sus padres. Ella... confió en su palabra, y vine yo al mundo antes de que mi padre la cumpliera... Como sucede a veces en tales casos, el capricho del oficial se fué disipando, y bajo el pretexto de que su aristocrática familia no toleraba que entrase en ella una cómica, poco después de mi nacimiento abandonó a mi madre, a la que pronto encontró sucesora entre las artistas de la misma compañía... Perdóname que describa miserias a las que sus ojos no están acostumbrados.

— Siga usted... no necesita disculparse — dijo ella.

— Historias así... pasan todos los días... Son muchas las infelices que pagan una ligereza con su vida... Esto le sucedió a mi madre, y cuando el seductor se halló ante el cadáver de su víctima, remordió la conciencia y cumpliendo la última voluntad de la muerta se hizo cargo de mi educación. Primero me llevó a casa de un honrado matrimonio, con el que permaneció hasta cumplir doce años. Me trataron con excesiva

digaba sus asiduidades a la señorita Steffen, se la llevó al invernadero. El pintor Hanke expresaba a un reducido grupo de oyentes las dificultades técnicas de un cuadro, y los demás invitados se reunieron en torno del anfitrión, o de la baronesa.

Esta última hizo tan hábiles maniobras, que dejó solos a Dagmar y al conde en el salóncito sobre cuyo velador dejó aquélla el libro de Friesen.

La bella heredera sentóse en una butaqua haciendo seña a Gunter de que imitara su ejemplo, indicación que él se apresuró a obedecer.

Por la puerta abierta parecían ver y ser vistos por los demás concurrentes a la fiesta, y, sin embargo, estaban solos. Esforzándose por dar firmeza a su voz, dijo Dagmar:

— Ayer me dijo usted que era botánico; yo me intereso mucho por esa ciencia y hace poco he comprado una obra en extremo interesante. El verlo aquí me lo ha hecho recordar. ¿La conoce usted?

El conde, que había conocido el libro desde que entró en el aposento, tras de unos momentos de vacilación, dijo sonriendo, al tomar el libro:

— Ciertamente, señorita, conozco este libro muy a fondo.

— ¡Ah!... ¿Lo ha leído usted ya?

— No sólo leído... sino escrito.

— ¿Usted?... No comprendo... El autor se llama doctor Gunter Friesen.

— En efecto, señorita, pero ese doctor Gunter Friesen y yo, somos la misma persona.

Mirándole con la fijeza de quien desea penetrar un secreto, preguntó Dagmar:

— ¿Se trata, pues, de un pseudónimo literario?

— No... no es eso — repuso él, haciendo ademanes negativos. — Me mira usted muy sorprendida, señorita, pero no es este el momento para explicaciones de esta índole... Si me concede usted mañana una entrevista, prometo satisfacer su curiosidad... Aun sin este motivo... yo deseaba hablar a usted. ¿Puedo

rogarle que me señale la hora en que podrá recibirmé sin molestia? Pediré a su señor padre que me dé licencia para hablarle a solas.

Dagmar habiéase puesto muy pálida, pero su orgullo la ayudó a conservar la impasibilidad.

— Estaré en casa mañana por la tarde, desde las cuatro, y su visita me será muy grata — fué su respuesta.

Inclinóse Gunter, diciendo:

— Mis más expresivas gracias por su amabilidad, señorita.

Pero en su interior pensaba: «Ya sabe de lo que se trata y, sin embargo, permanece impasible ante el momento de decidir su vida... Lo dicho: una criatura superficial; una hermosa muñeca sin alma.»

Al dejar suavemente el libro sobre la mesita, observó Gunter:

— Permitame usted manifestar mi sorpresa de que haya usted leído una obra tan seriamente científica como la mía.

— ¿Qué es lo que le sorprende? — preguntó ella con calma.

— El que una muchacha de la edad y posición de usted encuentre interés en esa lectura. A no ser porque bajo el nombre del autor usted no podía averiguar mi personalidad, hubiera creído que el dejarlo sobre este velador era una halagadora cortesía... Dígame usted la verdad. ¿Es cierto que ha leído algunas de sus páginas?

Un leve rosado tiñó las mejillas de Dagmar al responder:

— He leído más de la mitad del libro. Puesto que usted debe de saber de memoria su contenido, pregúnteme lo que guste y quedará convencido de mi sinceridad.

Con un ademán de protesta, dijo el conde:

— Me basta su palabra, señorita; pero repito que no entiendo cómo tal lectura pueda entretenerte a usted.

— Pues yo la encuentro interesantísima... ¿Ha estado usted mucho tiempo en los trópicos?

— La primera vez un año y la segunda dos cumplidos. En este tomo sólo doy cuenta de las im-

presiones de mi primer viaje... Al presente ya hace meses que escribo en la continuación... Mas acabaré por aburrir a usted extendiéndome tanto sobre un tema tan árido. —

Con un ademán negativo, afirmó ella:

— Para mí no es árido... ni me aburrirá nunca.

— ¿De veras?... ¿No es esa una vana frase de cortesía?

— No...; es la expresión de mi pensamiento. —

El la miró en silencio; empezaba a darle en qué pensar su futura prometida. No debía de ser tan superficial, cuando hallaba placer en la austera lectura de una obra científica. Aunque de corazón frío, poseía, sin duda, una más que mediana inteligencia para solazarse con tales libros.

— Hablaron del contenido del suyo, y pudo convencerse de que Dagmar había leído su obra con atención comprensiva. Mas el principio del concierto interrumpió el diálogo, y ambos pasaron a la otra sala, en la que el afamado cantante dejó oír unas cuantas melodías de Schubert, que premió el auditorio con calurosos aplausos. Cuando terminaron, el general Plessen acercóse a Dagmar, dirigiéndole un chaparrón de cumplidos con paternal humorismo, a los que respondió Dagmar con sonriente gracejo. La risa dulcificaba mucho sus bellas facciones.

Las miradas de Gunter expresaron sincera admiración al fijarse en la esbelta y juvenil figura que se sentaba en una butaca, y cuyo porte estaba lleno de graciosa naturalidad.

Parecía una princesita que da audiencia a los dignatarios de su

corte... ¡Oh!... Sería una castellana ideal para el viejo Taxemburg, y mucho más cuando estuviera restaurado y flamante, como se proponía dejarlo su futuro suegro. —

Una sonrisa de amarga ironía contrajo los labios del conde, que se dijo:

— Y yo... yo... para que la feudal morada recobre su pasado esplendor, debo venderme a esa glacial belleza. Es una verdadera ironía del Destino, Gunter Friesen... El desvalido bastardo es el escogido por la suerte para restaurar el antiguo condado. ¡Qué mundo éste!... Pero sea como quiera, he jurado cumplir la voluntad de mi padre ante su lecho de muerte, y puesto que me he de casar con una u otra, más vale que sea con esa estatua de hielo. Una mujer de corazón amante y generosa tendría que sufrir demasiado con mi desamor. —

Tales eran los pensamientos del conde Gunter, en tanto que Dagmar discreteaba con el general.

Durante el curso de la noche, varias veces tuvo ocasión de cambiar algunas palabras con Dagmar. Esta se guardó muy bien de despojarse ante él de su máscara de fría calma, aunque su corazón aceleraba sus palpitaciones cada vez que le sentía acercarse.

Cuando acababa la fiesta, Gunter se despidió entre el último grupo de invitados; al inclinarse ante la hija de la casa, murmuró:

— Su señor padre ha tenido la bondad de autorizarme para que hable con usted mañana por la tarde, señorita.

— Está bien... Puede usted venir a las cuatro — contestó ella.

## CAPÍTULO VII

**S**i el conde de Taxemburg hubiera podido observar a la que pretendía, a la tarde siguiente, antes de su llegada, habría rectificado su juicio respecto a la frialdad de su temperamento. Con nerviosa actitud iba de una habitación a otra, con las mejillas enrojecidas por la fiebre.

Su padre, en breves palabras, había enterado a la baronesa de que la entrevista a solas de su hija con el conde entraba en sus planes y era su voluntad que nadie los estorbara, y en consecuencia la experta dama se retiró a sus habitaciones, aun antes de la llegada del aspirante a novio.

Ruthart se quedó en casa, esperando en su despacho el resultado de la entrevista. De modo que Dagmar estaba sola y conteniendo a duras penas su inquietud e impaciencia.

Sabía que aquella misma tarde el conde de Taxemburg pediría su mano, y que era preciso se decidiera a decir que sí o que no. A pesar de las precisas órdenes de su padre, aun no habían cesado sus vacilaciones.

Por un lado halagaba los deseos de su propio corazón la idea de tener junto a sí al hombre secretamente amado, y por el otro temía no tener fuerzas bastantes para poder conservar ante él la calma.

Con vivos colores pintábase en la imaginación los tormentos que la esperaban, al vivir a su lado como esposa nada más que tolerada. Sólo su orgullo podría darle ánimos para salir airosa de tan terribles pruebas.

Así oscilaban de continuo sus sentimientos y tan pronto decidíase a decir que sí, como tomaba la resolución de contestar con una rotunda negativa.

Al mismo tiempo preguntábase

cómo era posible que el conde de Taxemburg fuese el mismo que el doctor Friesen.

Todo esto la tenía en un estado de in tranquilidad indescriptible.

Pero en el momento en que el criado anunció al conde de Taxemburg, una extraña calma se apoderó de ella. La pasividad de la falta de medios para oponerse al Destino, contando con su orgullo y su amor propio herido, como únicas armas de defensa.

Estaba de pie en su salón, cuando entró el conde, que, inclinándose, dijo:

— Doy a usted las más expresivas gracias, señorita, por haberse dignado recibirmé. ¿Abusaré de su condescendencia si le pido que me escuche unos momentos? —

Dagmar señaló un sillón, dejándose caer en otro situado enfrente. Llevaba un precioso vestido de crepon azul oscuro, admirablemente hecho, y que hacía resaltar la fresca alitura de la tez y la perfección de las suaves formas. Estaba encantadora.

En su blanca mano brillaba el espléndido zafiro; parecía que aquel día, más que nunca, necesitaba la benéfica influencia del talismán.

Al conde le pareció muy interesante en su palidez, pero le dejó frío la banal amabilidad con que le preguntó:

— ¿Qué tenía usted que decirme, conde? —

Después de lanzarle una larga mirada que ella sostuvo sin pestañear, tomó aliento y dijo:

— Señorita, su señor padre me ha dicho que no es desconocido para usted el motivo que me trae a esta casa. ¿He comprendido mal acaso?

— No, conde, no se equivoca usted — contestó ella como un autómata.

Sintiendo cada vez más helado el corazón, prosiguió Gunter:

ALBUM DE  
FILMS SELECTOS

Filmoteca  
de Catalunya



FREDRIC MARCH

ALBUM FILM DECA  
FILM SELECTA



FIFI DORSAY